



Dejar atrás el siglo XX

Gladys E. Villarroel*

Se nos pregunta «cuál debería ser el modelo de universidad necesario para hacer de Venezuela un país libre y próspero». Si hablamos de la universidad pública, la que mejor conozco, con bastante seguridad puede responderse que no es el modelo que tenemos ahora. Quizás sirvió durante varias generaciones. Hoy está, por decir lo menos, muy maltrecho, pues sus principios, su estructura, su funcionamiento, su visión del ser humano y de la sociedad están anclados en el siglo XX.

El siglo XX fue, en la clara expresión de Isaiah Berlin, el ensayo general del fin del mundo. Porque fue un siglo pródigo, cual ninguno, en desmesurados sueños utópicos: epistemológicos, políticos, sociales, revolucionarios, igualitarios. Al mirar hacia atrás, lo que parece haber quedado en claro es que las utopías están fuera del horizonte de la vida humana. Tomando en cuenta la trágica experiencia del siglo pasado, Camus¹ afirmó que estamos forzados a admitir que nuestras posibilidades cognitivas, nuestros alcances morales y nuestras peripecias políticas o sociales tienen límites, pues los seres humanos somos, simplemente, eso: seres de límites. Al afirmar esto no quiso decir Camus que debemos aceptar el mundo tal como se nos ofrece. Por el contrario afirma, la rebeldía, esa «voluntad secular de no soportar el mal», nos abre la posibilidad de cambiar. Pero

¹ Camus, Albert. 2007[1982]. *El hombre rebelde*. Madrid: Alianza Editorial.

cambiar oponiendo a la desmesura utópica, el tenso pensamiento de la medida. Un pensamiento a la escala de nuestras dimensiones humanas, que siempre se moverá alrededor de límites y tendrá como armazón «el corazón vivo de las cosas y de los hombres». Las ideas liberales clave —Estados neutrales, sociedades abiertas, libertades personales, igualdad de oportunidades, respeto y tolerancia, coexistencia de diferentes identidades y opciones de vida— ofrecen esa perspectiva medida para comprender y trabajar en la solución de los problemas que enfrentamos en nuestro país y, desde luego, en las universidades públicas.

Conviene aquí recordar al poeta Eugenio Montejó², quién nos propuso decirle *Adiós al siglo XX*. Es preciso, dice el poeta, abandonar ese «siglo vertical y lleno de teorías», «cruzar la calle Marx, la calle Freud», atravesar «la calle Mao, la calle Stalin». Y añadiría yo, franquear la calle Foucault y el callejón Morin, y tantas otras veredas y callejuelas intelectuales que, tal vez, sirvieron en algún momento pero que abonan muy poco al presente que vivimos y nada a lo por venir. Miremos, como sugiere el poeta, este nuevo milenio y dejemos de mirar el que ya pasó como se mira a un altar sagrado: plenos de certidumbre.

Perder nuestras certidumbres, desde luego, aterra. Pero, frente al terrible desmoronamiento de nuestras universidades públicas y de nuestra sociedad, espanta mucho más pensar que pueden seguir funcionando con base en las ideologías que las alimentaron durante el siglo XX y cuyo siniestro fruto es la revolución socialista bolivariana. Las ideologías, demuestra el sociólogo liberal francés Raymond Boudon³, son «doctrinas basadas en teorías científicas, pero en teorías que son falsas o dudosas o no han sido interpretadas adecuadamente, y a las cuales, sin embargo, se otorga una credibilidad

² Montejó, Eugenio. 1999. *Adiós al siglo xx*. Caracas: Ediciones Aymaría.

³ Boudon, Raymond. 1989. *The Analysis of Ideology*. Chicago, The University of Chicago Press, pp. 29; 71-93. Título original *L'ideologie: ou l'origine des idées reçues*. Traducción Malcolm Slater.

inmerecida». ¿Qué ocurre cuando nuestro pensamiento está dominado por ideologías? Sucede que percibimos la realidad no como es, o como otros la pueden ver, sino en forma distorsionada o incompleta, asumiendo como ciertas o verdaderas ideas que, en realidad, no lo son o, como es el caso de algunas que nutren el quehacer universitario en estas tierras, nunca lo fueron.

Decirle adiós al siglo XX no significa, sin embargo, desdeñar las contribuciones al conocimiento de los intelectuales del pasado. Cruzar las calles no quiere decir despreciar. Sin duda, nuestros estudiantes necesitan puntos de referencia comunes con las generaciones previas, con los clásicos, con culturas y tradiciones diferentes a las propias. Pero, si enseñamos, año tras año, semestre tras semestre, un programa homogeneizador diseñado por algunos de acuerdo a lo que se considera científico o al conocimiento establecido, aceptado por todos, me pregunto ¿por dónde entrará la innovación en la vida de nuestras universidades? ¿cuándo y cómo se dará cuenta de las refutaciones que han sufrido las teorías verticales? ¿cómo nos conectaremos y cómo expondremos a las y los estudiantes a la cultura, aquella que existe más allá de las asignaturas?

Decir adiós al siglo XX quiere decir que habremos de preguntar, como señala el filósofo norteamericano Richard Rorty⁴, por la función social del pensamiento y de los intelectuales en este siglo que recién comienza⁵. En los medios académicos, dice Rorty, podemos encontrarnos con dos tipos de personas: gente conforme con los criterios establecidos y bien entendidos por todos, y gente tratando expandir su imaginación moral indagando sobre dos cosas respecto a sí mismas y a la sociedad, *¿qué es lo posible? ¿qué es lo importante?* La función social real de los intelectuales, dice Rorty, no es solo contribuir con la formación y comunicación de los conocimientos, sino sacudir, cimbrar a los estudiantes, alentar en ellos y en ellas dudas acerca de sus propias representaciones

⁴ Rorty, Richard. 1999. *Philosophy and Social Hope*. London, Penguin Books, pp. 127-130.

⁵ Rorty se refiere a los intelectuales humanistas. Extiende su idea a los intelectuales en general.

sobre el mundo y respecto a la sociedad a la cual pertenecen. Si cumplimos con esta función, contribuiremos en asegurar que la conciencia moral de cada nueva generación varíe, aunque sea levemente, respecto a los valores, prácticas y conocimientos de la generación previa.

Pienso que la educación, y esto corresponde plenamente a mi experiencia en las instituciones públicas venezolanas, no se refiere a «inculcar» o transmitir lo que se considera la verdad o el conocimiento establecido. Educar, en su sentido más amplio, significa conducir en una determinada dirección. ¿Cuál sería la dirección? Promover, efectivamente, la adquisición de una perspectiva evaluativa respecto a nuestro mundo, a nuestra sociedad, avivar la capacidad reflexiva, la crítica y la búsqueda de un mundo mejor. El principal ideal de la educación, por ello mismo, ha de orientarse, como creía Dewey y sostiene Rorty —y sostuvo Mill⁶ en su tiempo— a proteger, sostener y estimular el desarrollo pleno del individuo. Ello significa que la educación ha de moverse siempre en la tensión entre la socialización, adaptar el sujeto a la sociedad en la cual vive y trabajará, y la individualización, la cual presupone abrir espacio a una persona imaginativa y reflexiva capaz de autocrearse desafiando y rebelándose contra los consensos y las verdades establecidas. Se trata, en otras palabras, de volver a convertir la educación en un proceso de formación, no solo instrumental, profesional, técnico, sino moral, cívico, creativo. Para lograrlo, no se puede partir de fundamentos, de criterios rígidos, establecidos desde cátedras y departamentos universitarios, porque eso sería cortar, diseñar el futuro a la medida del presente y, lo que pareciera peor, a la medida del pasado. Alejarse del siglo XX quiere decir dejar atrás sus ideologías y su vetusta visión del ser humano y de la sociedad, y acercarse a la visión integradora y fecunda que está exigiendo el siglo XXI.

⁶ Mill, John Stuart. 1970 [1859]. *Sobre la libertad*. 10ª reimpresión 2011. Madrid, Alianza Editorial, pp. 126-151. Traducción: Pablo de Azcárate. Título original: *On Liberty*.

La enorme tragedia que vive nuestra sociedad exige que los académicos liberales hagamos que las nuevas generaciones descubran el liberalismo, sus principios y las posibilidades reales que abre para la transformación pacífica de la sociedad. Las dos preguntas que propone Rorty, ¿qué es lo posible? ¿qué es lo importante?, hemos de contestarlas desde la aceptación de los límites inevitables que tienen nuestros pensamientos y nuestras acciones; ensanchando, sin embargo, las potencialidades para acercarnos a las metas que, inevitablemente y por fortuna, los seres humanos siempre nos proponemos, debido a nuestra capacidad para la elección. Tenemos, pienso, las ideas para proponer soluciones y ofrecer un futuro mejor a las nuevas generaciones. Hemos de pensar en las formas o modalidades de acción para difundir y establecer las ideas liberales en los medios académicos.

** Doctora en Ciencias Sociales y Profesora titular de la Universidad Central de Venezuela.*

Artículo elaborado para la Red Universitaria de Derechos humanos

<https://redunivenezuela.com/>

Con el financiamiento de:



Iniciativa de:

